

en la interpretación de la historia, hace recaer el acento sobre la actitud primigenia del hombre.

La cultura andaluza amputa todo lo heroico de la vida, sus raíces se hunden en el campo, es una cultura campesina, por principio, no como la de Castilla, secundariamente y por renunciación. Andalucía ha despreciado siempre al guerrero, se limita a ceder blandamente para embriagar con su delicia el áspero ímpetu del invasor. La tierra andaluza es úberima, con mínimo esfuerzo da espléndidos frutos y el clima es tan suave que el hombre necesita pocos de esos frutos para sostenerse, sobre todo si en lugar de aspirar a la hazaña busca como solución vital la «vida mínima». En vez de aumentar el haber disminuye el debe. En él la pereza antes que vicio y defecto es un ideal de existencia.

La luminosidad y gracia cromática de la campiña andaluza seduce al que viene del norte y le hace suponer que la existencia andaluza es también frenética. Pero el andaluz aprovecha en sentido inverso las ventajas de su medio: no posee más vitalidad que la que bucnamente le llega del aire soleado y de la tierra fecunda. Prefiere trabajar poco y divertirse poco, rebaja un poco lo mismo la pena que el placer. Vive sumergido en la atmósfera deliciosa como un vegetal; como para éste para él lo bueno es lo que roza suavemente su piel, malo lo que la roza ásperamente. Su fiesta auténtica—insiste—está en la atmósfera. Es el hombre de la tierra regalada, el hijo de Adán a quien le ha sido devuelto el paraíso. Es, en definitiva, el pueblo donde la base vegetativa de la existencia es más ideal que en ningún otro, pero fuera de lo cotidiano el andaluz es el hombre menos idealista que se conoce.

Si la visión de *Ortega* es cierta, ¿cómo debemos interpretar nosotros la conexión del hombre y su paisaje en Andalucía? El mismo *Ortega* nos orienta con su conclusión: la vida

